SERIE II TEGUCIGALPA, 6 DE OCTUBRE DE 1894 NÚMERO 16.

EL PENSAMIENTO.

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR, F. TURCIOS.

PALIDA MORS.

*

Ya vienen de noviembre las ráfagas glaciales,
sobre su débil tallo tembló la blanca flor;
y envuelta el alma enferma en sombras sepulcrales
gime de tristeza, sin luz y sin calor.

*

Se fueron los ensueños de plácidas quimeras,
con furia el árbol joven deshoja el huracán:
las bellas ilusiones de formas hechiceras
al soplo de nostalgias se mueren ó se van.

*

La noche está serena y en el azul inmenso
la luna ostenta hermosa su dulce palidez;
y un hálito sagrado, un suave olor á incienso,
me trae los recuerdos de un negro sueño cruel.

*

Más pálida que un lirio sobre el ataúd sombrío,
la muerte había dejado al ángel de mi amor;
y en torno de la que era mi ideal, mi desvarío,
volaban mariposas de fúnebre color.

*

En medio del eterno silencio que reinaba,
se oyó vaga, distante, la extraña melodía,
de un piano que en sus notas artísticas lloraba
mis muertas ambiciones ¡oh Blanca, amada mía!

*

¿Qué música era aquella? La pieza que con lazos
de rosas y violetas ha tiempo nos unió:
aquella que al tocarla soñabas que en mis brazos
te habías desmayado, muriéndote de amor.

F TURCIOS.

5 de octubre de 1894.

A LUCILA.

—

Quieres que combata tus ideas cuando no estén de acuerdo con las mías. Aunque no soy competente para discutir contigo, por esta vez, sin embargo, acepto con placer tu invitación.

No voy á hablarte de alguna en particular, sino de todas las que yo llamo bienhechoras producciones de Doña María del Pilar Sinués. He leído varias; y te aseguro que entre algunos defectos he encontrado siempre en ellas nobles y levantados pensamientos, puras virtudes, dignos ejemplos, útiles enseñanzas, y sobre todo, un rico caudal de sentimiento, de resignación, de castidad y de ternura. Leyéndolas, me he sentido fuerte ante las contrariedades de la vida; me ha parecido que la virtud es fácil y sencilla; que quien la practica puede cruzar el mundo con la frente serena, la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el alma; que también aquí se encuentra la felicidad, aunque de ella sólo pueden gozar los buenos, aquellos que procuran siquiera cumplir con su deber.

Ella cree que la mujer nació para el hogar; que allí ejerce su influencia y allí encuentra su gloria ó su castigo. Yo creo lo mismo, y lo que es en Honduras, ésta no es una vana creencia mía, sino una positiva realidad.

Dices tú que aquí se rinde culto á las Diosas Razón y Dignidad: es verdad; pero, amiga mía, me parece que en la autora que defiendo se encuentra como en la que más y en su más alto grado también el amor á esas virtudes. Ella quiere que se cultive el talento; que la mujer sea la compañera, la amiga de su mari-

do; que le dé consejos cuando se los pida; que si él no tiene gusto por lo bello, se lo inculque élla suave y delicadamente; que participando siempre de sus tristezas y de sus alegrías, llegue á sentirse indisolublemente ligado á élla por los puros lazos del espíritu; que sea la hermana de su alma, el consuelo de sus penas, su única amiga.

Para ésto no es necesario que se humille ni mucho menos que se degrade. Que reconozca la fuerza, la superioridad intelectual de su marido, así como él debe reconocer todas las bellas cualidades que Dios le ha concedido para que pueda hacer su propia felicidad y la de sus hijos.

En cuanto á libertad....Según he oído decir, en ningún país del mundo son tan libres las mujeres como en los Estados Unidos del Norte; en ninguno más dignas; y sin embargo, Lucila, es una norteamericana la única mújer que yo he vieto parecida á Clemencia.

En mi sentir, eso prueba mejor que mis débiles razonamientos que son compatibles todas las suaves y cristianas virtudes con la más altiva dignidad, con la libertad—moral é intelectual—más completa.

Tú que posees inteligencia, instrucción y sentimiento, quizá tengas razón en lo que dices; pero en mí es tan profunda la convicción de que el camino que la ilustrada autora nos traza es el mejor, que desearía mucho que en vez de perderlo, alzaras tu voz, autorizada ya, para mostrarlo á nuestras compatriotas.

Desgraciadamente eso es imposible; y como lo comprendo, no tengo la pretensión de convencerte.

Mas, aunque nuestras ideas no simpaticen en ésto, siempre será tu verdadera amiga,

LEONOR.

UN SUICIDA! (1)

A MI EXCELENTE AMIGA LASTENIA CALLEJAS

I.

Una mañana platicaba alegremente, en mi casa, con cuatro colegas míos, cuando recibí una nota judicial.

—¡Diantre!—exclamé después de haberla leído.

—¿Qué te quieren?—preguntóme mi compañero Nájera.

.....

—Para nada menos que vaya á reconocer el cadáver de un suicida.

—¿Jorge Gutiérrez?

—Ciertamente.

—El amigo Guevara y yo hemos sido citados de parte del Juez, para lo mismo.

—¡Qué me place! Iremos juntos.

Nos despedimos de los otros compañeros Nájera, Guevara y yo, para encaminarnos á casa del suicida.

II.

Penetramos en una casa de aspecto magnífico: un anciano, sirviente por su catadura, nos condujo á la pieza en que estaba Jorge Gutiérrez.

Esta pieza, como todas las de la casa, estaba adornada con un gusto exquisito.

El suicida era muy joven: veinticinco años lo más: hermoso como un Apolo: se notaba en el purísimo lineamiento de su rostro, en el aseo de su persona, la distinción de las clases elevadas: manos finas, largas y bien cuidadas; cabellos negros y sedosos; cutis blanquísimo; facciones dignas de la estatuaria antigua de Grecia: nunca en mi vida había visto joven á quien dotara Naturaleza tan pródigamente; se me antojó que debía haber sido un calavera; pero su rostro, aun muerto, denotaba exuberancia de vida; no tenían sus facciones ese cansancio, esa laxitud que se nota en las de los vividores.

Examinamos atentamente el cadáver.

—Y bien, Gamero Moncada, ¿qué opinas tú?—me preguntó Nájera.

—Lo mismo que ustedes: la bala atravesó la arteria aorta, y la muerte ha sido instantánea.

—Entonces solo nos resta dar nuestro informe de reconocimiento—dijo Guevara.

—Así creo yo; marchémonos.

—Yo me quedo—les dije—aun tengo que hacer aquí.

(1) Permítanme mis lectores que, para referirles algunos cuentecitos, tome el título de Doctor, que no por eso dejaré de ser la Señorita Gamero Moncada.

—¿Tú?

—Yo.

Luego, mirándome y comprendiendo mi curiosidad:

—Te esperamos en tu casa—me dijeron por despedida.

III.

Así que no estuvieron mis amigos, me acerqué al anciano, quien mostraba un vivo do-

—Y bien, buen hombre—le pregunté—Podrás decirme quien era ese infeliz joven muerto?

—Ah, Doctor—me contestó:—ese que ve Ud. allí es el último descendiente de una familia tan ilustre como buena: yo, á pesar de ser quien soy, quería á ese joven como si fuera mi hijo....¿Me permite Ud. que le refiera su historia?

—Bien—le contesté.

—Era un joven de lo mejor; sus padres lo adoraban; y él, por su parte, nunca les dió un solo disgusto; era muy estudioso, y de estudiante obtuvo siempre el mejor premio. Sus padres murieron cuando á él no le faltaban más que dos años para concluir sus estudios; su posición de jefe de su casa no le cambió en nada su buen carácter. A pesar de haber comprendido lo que deseaba, nunca abandonó sus libros....Pasaba horas enteras en su cuarto de estudio....Dos veces lo sorprendí contemplando el retrato de una hermosa joven.

—Es mi amada!—me dijo—y si Dios quiere será mi esposa.

—¿Cuándo?—me atreví á preguntarle.

Su frente se anubló:

—Cuando élla me ame.

—¿Y será capaz de no amar á Ud. ya?—le dije, viéndolo tan hermoso y amable.

—¡Quién sabe!.....—murmuró tristemente—....Parece que tengo un rival, y rival poderoso; pero yo la amo con ese amor sólo soñado, y el amor así es protegido por Dios....¿Me la querrás mucho?—añadió, besando el retrato con tanto amor como si fuera la joven misma.

—Sí, mi amo: ¡tanto como quiero á usted!

Su semblante expresó vivo contento; y dándome una palmada en un hombro;

—Ve que me tengan buen almuerzo hoy; tendré un convidado.

Y se fué tarareando una canciòn española.

Ese día almorzó con un señor para mi extraño; y desde entonces, ese nuevo amigo que á mí tanto me repugnaba, fué su inseparable compañero: muchas veces ví que mi amo le daba considerables cantidades de dinero; pero yo no sabía á título de qué....

Pasaron algunos meses; y ayer tarde llegó pálido, calenturiento, angustiado...

—¿Qué tiene mi señorito?—le pregunté solícitamente.

—La muerte en el alma—me contestó.

No me atreví á preguntarle más.

Estaba muy agitado; sacó de un armario un legajo de billetes de Banco, y me lo alargó diciéndome:

—Toma, Juan; guarda ésto.

—¿Pero por qué, señor?

—Es tuyo: te servirá para la vejez.

—Ah, señor: ¿me despide Ud?

—No, Juan; pero....

Y se detuvo, sin acabar la frase.

—Por piedad, explíqueme usted....

—Estoy arruinado—me contestó.

—¿Arruinado?..¿Ud.?....

—Sí; ese nuevo amigo, ese miserable que tú conoces, me ha arrastrado al juego....y he jugado con locura; y más perdía cuanto más jugaba, y más jugaba cuando más perdía....Y no es eso todo: ese hombre es mi rival; me ha hecho jugarlo todo, hasta....¡óyeme Juan y horrorízate!....hasta á élla....¡y la he perdido!....Ya ves, pues, que á más de un desgraciado, soy miserable....Ella, mi alma, mi vida, mi todo en el mundo, aunque me ame, será de otro hombre....Yo ni debo amarla; ¿no he renunciado voluntariamente á ella?....Ah, Juan; tu no sabes; la pasión del juego es terrible: arrastra, subyuga, seduce, embriaga; y ve aquí los resultados: la suma, la renuncia al amor, á los placeres puros del hogar, á la fortuna, á la vida, á todo lo bueno ....¡Soy un desgraciado!....¡Un desgraciado voluntario, que ni aun tiene el consuelo de quejarse!....Esta casa, mis fincas, todo lo mío, en fin, es de mi rival....Y ella, Dios mío, ella también!..Muerte ¿por qué tú tam-

bién quieres ser ingrata conmigo?....Ven, ven y tiéndeme tu bienhechora mano!....

LUCILA GAMERO MONCADA.

(*Continuará.*)

A CERVANTES.

Genio inmortal! espíritu divino!
tu nombre augusto el universo aclama:
eterno pedestal te da la fama
é inmarcesibles lauros el destino.

Si el rencor y la gloria en tu camino
ahogar quisieron tu celeste llama,
su ingratitud estéril no te infama,
antes á alzarte hasta la gloria vino.

De cruel adversidad siempre llevaste
el peso abrumador; mas entretanto
la grandeza de tu alma demostraste
en los sitios de Argel y de Lepanto,
y de tu injusto siglo para azote
escribiste ese libro: ¡el gran Quiojte!

J. A. DOMÍNGUEZ.

(1888)

EL BESO.

A MI QUERIDA AMIGA LA DISTINGUIDA SEÑORITA LUCILA GAMERO MONCADA.

(*Continúa.*)

*

mortal que se creía feliz para siempre.

¡Triste condición humana buscar el placer, anhelar el goce y siempre el goce y encontrar á veces tristeza y desencanto ó una fría y espantosa realidad!

La noche estaba silenciosa: ya los paseantes todos habían regresado á sus hogares ó encontrábanse aún en brazos del placer en el interior de los edificios.

La luna estaba en mitad de su carrera en su carro aéreo.

El río que divide la capital hondureña de la próxima villa presentaba un aspecto encantador admirable.

La compañía de graciosas niñas, entre las cuales venía Clorinda, llegó hasta el puente de piedra, obra maestra de nuestros antepasados y que une la altiva capital con la simpática villa.

A pocos pasos de éste distinguieron á la luz de la luna y recostada perezosamente en una de las pilastras, una forma negra; pero inamovible parecía que estaba unida á la pilastra: caminando hacia élla pudieron percibir que aquella forma era el esbelto cuerpo de un hombre y lo creyeron dormido.

Las jóvenes con el carácter propiamente alegre de la juventud, no se cuidaron nada de inquirir quién podía ser: ellas, entre alegres risas y animada conversación, seguían su camino.

Clorinda era de las del centro; al pasar frente á la pilastra y allí en el lugar donde se veía la forma de un hombre, éste se irguió y de un salta púsose frente por frente á Clorinda é imprimió un prolongado y sonoro beso en los labios de la hermosa niña. Acto continuo díjole: "Ricardo Montecinos, por si es el primero," y rápido como el placer se alejó de aquel lugar.

El estupor de Clorinda fué terrible..... aquel beso le había quemado los labios y encendido la sangre, aquel ósculo le había crispado los nervios todos; aquel estallido tremendo de un amor ignorado de Clorinda, ¿era para ésta, nuncio de días venturosos y felices ó era fatal presagio de desventuras?

Cuando ella volvió de su letargo lanzó un grito; pero uno de esos gritos terribles, exclamaciones nacidas del frágil corazón humano, y también gritos del alma, que anonadan y paralizan los nervios.

El grito de Clorinda hizo salir de su sorpresa á sus compañeras de paseo, y como aquello había durado breves instantes y el hombre había huido, nadie dió cuenta de él ni se pudo averiguar por dónde había partido. El señor Rivera, padre de la niña, terriblemente enojado, hubiera dado su existencia por unos instantes de vigorosa juventud y habría corrido hasta alcanzar aquel atrevido y mal caballero, el cual hubiera pagado caramente su culpa; pero nada pudo hacer: sus sesenta años, su

cuerpo demasiado robusto, le imposibilitaban para la carrera.

Pero dejemos á este ignorado caballero y sigamos á Clorinda.

Llegó ésta á su casa y allí dió rienda suelta al llanto: se mesaba los cabellos, se desesperaba lamentando el fatal momento en que se le había ocurrido ir al paseo y más se enojaba consigo misma cuando pensaba que élla había sido la iniciadora.

Aquella noche no durmió, se metió en el lecho por las instancias de sus amigas y los ruegos del señor Rivera, su padre.

Pero aquella fué para la alegre Clorinda, terrible... noche de insomnio cruel: apenas estuvo en la cama dos horas; pues cuando el alba asomaba en Oriente, Clorinda salió de su cuarto y se dirigió al jardín en busca de tranquilidad para su espíritu; ansiaba respirar el aire puro y fresco de la mañana, buscaba el perfume de las flores y las gotas de rocío pasaban luego de los pétalos de las rosas á sus ardientes mejillas, queriendo así trasmitirles el frescor de las flores

MARÍA GUADALUPE REYES.

(*Continuará.*)

Byron en Venecia.

Sobre la frágil onda iluminada
por el radiante sol, surca ligera
del bardo inglés la góndola dorada
desplegando á los aires su bandera.

De pié en la popa, la apolina frente
bañada en rayos, la mirada inquieta
teñida por el mar resplandeciente,
boga triunfante el inmortal poeta.

Desde los cincelados miradores
las venecianas vírgenes hermosas
fijan en él sus ojos seductores
y le mandan sonrisas amorosas.

Y sueñan por la noche, enamoradas,
con la canción del bandolín sonoro,
el recio combatir de dos espadas
y el choque alegre de las copas de oro.

MANUEL REINA.

DE SOBREMESA.

Así se titula un artículo que acabo de leer en un periódico salvadoreño, que por lo bien escrito y por el abejeo de la frase, no me cabe duda es de Arturo Ambrogi. Sí: tras del seudónimo de Lippincot descubro la simpática firma y la retozona pluma de mi amigo. Como todo lo que él escribe, lo he leído de cabo á rabo. Son tan escasos los buenos escritores! *

El artículo de que me ocupo es una ligera defensa á los ataques estúpidos contra el modernismo. El, como yo, gusta de la crítica, pero de la imparcial y razonada, la que tiene por fundamento el estudio profundo: no la que nace de las pasiones y se defiende con las sandeces de la ignorancia y del mal gusto. Claro está que quien tiene ambición de fama se siente halagado si una persona de reconocido talento é instrucción, le hace ver los defectos de su lenguaje, dándole los necesarios consejos para corregirlos, indicándole el camino que debe seguir. De esas indicaciones autorizadas viene el estímulo noble para el joven escritor que comprende la justicia y verdad de sus razonamientos. ¿Pero qué estímulo puede venir de una crítica convertida en insulto, cuando el que la maneja no sabe donde tiene las narices? Apenas alguien puede escribir tres líneas sin obsequiarnos media docena de disparates y ya se cree autorizado para lanzar contra Ud. un puñado de groserías callejeras. Esto es insufrible.

* * *

Fíjese Ud, lector, y dígame si no es cierto lo que vengo expresando. Ud. al menos será justo. La crítica es una ciencia en extremo difícil: de ella puede rodarse al ridículo y al cieno al menor apasionamiento. Para saberla manejar se necesita mucho talento, talento chispeante y extraordinario: entre nosotros no conozco un genio de esta clase. El que hace mejor uso de la broma satírica es Pepe Gutié-

* Mientras almorzaba he leído su artículo. En mi mesa no hay "chartreuse" ni el frasco de "Kumel:" un vaso de agua ayudará á la buena digestión. Por lo demás... he encendido mi cigarro, y adelante.

rrez y está muy lejos de ser un verdadero crítico. De aquí que jamás he perdido mi tiempo leyendo las producciones de nuestros criticastros. Mi nombre ha aparecido en ellas, y yo les he dado las gracias porque se han ocupado de mí. No soy pretencioso: reconozco mi escasísimo valer, y nunca he creído que lo que escribo carece de defectos. Todo lo contrario: mis versos y mi prosa están atestados de incorrecciones. Pero qué se ha de hacer si Dios no me dotó de la más pequeña dosis de paciencia, y todo lo que escribo sólo tiene el mérito de que es casi improvisado?

***

Y no sólo aquí les ha dado por molestarme con sus críticas necias. El último correo de Guatemala me trajo varias cartas de amigos entre las que venía una de letra desconocida. Empecé á leerla y me estaba impresionando por lo cáustica, cuando al llegar á la firma no pude menos de soltar la carcajada. Yo esperaba sería de algún literato de por allá; pero no, señor: era de un paisano que por lo visto es un pobre diablo para eso de escribir, pues lo único que conozco suyo, es un articulejo en la Corona fúnebre del malogrado Lobo Herrera, parece lo escribió con los pies. ¿Y sabéis lo que hice con la tal carta? Después de reirme de sus necedades, al carretón de basura. Con que señor crítico olanchano, ya que su papelucho no merecía contestación particular, recíbala en estas líneas junto con el consejo de no meterse en camisa de once varas.

***

Debo advertir que la sinceridad sin apasionamiento, ya sea en mal ó en bien, atrae mi gratitud; pero me cansan y repugnan las falsas críticas inmerecidas. Por eso no he contestado las que gratuitamente se me han hecho en estos últimos días. Una sola, la de un apreciable caballero, me pareció razonable y fué contestada.

Yo creo que la crítica es necesaria, especialmente contra los jóvenes, cuando la maneja una persona sensata é ilustrada que conoce profundamente el natural sentido de la palabra: cuando con imparcial criterio dice: eso está malo por tales razones, debía ser así por cuales y tales otras; pero no tomar, como lo hacen aquí, por caballito de paseo, las mismas palabras que critican sin exponer sus ideas, diciendo que aquello está malo *porque sí!*

***

El artículo de Arturo me ha inspirado las anteriores líneas: no van en contestación á las sátiras de que he sido objeto, porque no me ocupo ni me ocuparé jamás de contestar groserías que no llevan ni siquiera el interés de la gracia. El público que pierda la paciencia leyendo esas cosas; yo las desprecio.

F. TURCIOS.

Tegucigalpa: septiembre de 1894.

Neurosis.

—

Noemi, la pálida pecadora,
la de cabellos color de aurora
y las pupilas de verde mar,
entre cojines de raso lila,
con el espíritu de Dalila,
deshoja el cáliz de un azahar.

Arde á sus plantas la chimenea,
donde la leña chisporrotea
lanzando al aire seco rumor;
y alzada tiene la tapa el piano,
en que vagaba su blanca mano
cual mariposa de flor en flor.

Abre sus hojas en una esquina
un biombo rojo de seda china,
con grullas de oro volando en cruz;
y en curva mesa de fina laca
ardiente lámpara se destaca,
de la que surge rosada luz.

Blanco abanico y azul sombrilla
con unos guantes de cabritilla
yacen encima del canapé,
mientras en taza de porcelana,
hecha con tintes de la mañana
humea el alma verde del té.

Pero, ¿en qué piensa la hermosa dama?
¿Es que su príncipe ya no la ama
como en los días de amor feliz?

¿O que en el cofre del gabinete
ya no conserva ningún billete
de los que obtuvo por un desliz?

¿Es que la hiere cruel anemia?
¿Es que en sus búcaros de bohemia
rayos de luna quiere encerrar?
¿O que en süave mano de seda
del blanco cisne que amaba á Leda
ansía las plumas acariciar?

Ah! es que en las horas de desvarío,
para consuelo del regio hastío
que en su alma deja tedio mortal,
un sueño antiguo le ha aconsejado
beber en copa de ónix labrado
la sangre roja de un tigre real!

JULIÁN DEL CASAL.

LA GONDOLA NEGRA.

(DEL ITALIANO)

Cruzando el mar silencioso
la góndola negra va,
alas parece que lleva,
pues vuela en vez de bogar.

De apostura es el mancebo,
la doncella, una deidad;
callan, sí, mas con los ojos
de amores hablando están.

La brisa que se levanta
rizando las aguas va,
y á los rayos de la luna
se ven las olas rielar.

Oyese ruido de besos
de los remos á compás;
son arrebatos febriles,
mas llenos de castidad.

Las caricias no parece
que grande dicha les dan,
pues más semejan sollozos
de algún intenso penar.

El mar azul y tranquilo,
la tierra no se ve ya;
la góndola negra vuela
al horizonte del mar....

Cuando el alba dió á la tierra
su remisa claridad,
vió un pescador en las olas
dos cadáveres flotar.

Aun se estrechaban las manos
con febril intensidad;
mas la muerte los cubría
con su hielo funeral.

EDUARDO CALCAÑO.

NOTAS.

Reciba nuestro apreciable colega el Dr. Argueta Vargas, las sinceras expresiones de nuestro pesar por la muerte de su señora madre, acaecida en el departamento de Olancho.

Despierte Ud. señor Frantz. Se está haciendo Ud. un holgazán. Estamos á sábado, son las ocho de la mañana, y no ha escrito una línea para la crónica de la velada ofrecida en el número anterior.

—Pues....la haremos en dos palabras; ya que nos cansan las necedades de estilo. Todo estuvo brillante. La parte literaria, buena: la lírica, espléndida: el baile....no hay voto, somos legos en esa materia.

Concurrencia, la más selecta: alegría, rebosante. Reinas por la simpatía, Rosinda Fiallos, Mundita Zúniga: por la belleza, Chabela Lardizábal, Mercedes Marín.

HEROICIDAD.

¡No bebo más! ¡No bebo!—repetía
uno á quien siempre conocí borracho;
no quiero ser más débil que un muchacho.
Alguna vez tengamos energía.
¡Nada! Aunque Cristo Padre me lo mande,
juro no tomar más, chica ni grande.

Esto diciendo lo encontró su amigo
Juanito Papa-higo,
que es otro borrachín de tomo y lomo,
y díjole:—¡Alto ahí! ¿Qué es eso? ¡Cómo!
¡Qué! ¿No remojaremos la palabra?
Abra usted, patrón, abra
el ventanillo y sirva prontamente

dos copas de *emoliente*.
Cortaremos la bilis que ella estraga
el hígado y el bazo....¡Soy quién paga!

El otro vaciló porque terrible
era para él la tentación aquella;
pero á la postre consiguió vencella,
y contestó con voz desapacible:
—Dispénsame....no bebo....lo he jurado.
—¡Pues anda á cazar moscas, renegado!

Y nuestro hombre siguió la calle arriba
exclamando:—¡Qué viva!
¡Vaya si soy valiente!
Tengo el alma templada como acero.
No hizo lo que he hecho Napoleón primero.
¿Cómo á la tentación resistir pude?
No seré yo quien de prodigios dude
que obra la voluntad omnipotente.
¡Héroico es lo que yo hago!
Entremos donde Broggi....francamente,
¡tamaña heroicidad merece....un trago!

RICARDO PALMA.

Pesamientos de Severo Catalina.—

No hay hombre que no lleve alguna historia escrita en el alma, ó algún retrato grabado en el corazón.

*

Una mujer francamente orgullosa es mil veces preferible á una mujer hipócritamente modesta.

*

No olviden las mujeres que el pudor es el compañero más simpático de las gracias.

Engañar á una mujer fingiéndose su apasionado, es la acción más cobarde que puede concebirse en un hombre de honor: si la mujer es hermosa, por lo fácil; si no es hermosa, por lo aleve.

*

No olviden esta máxima nuestras bellas lectoras: la mejor declaración de amor es la que no se hace.

*

Para una mujer delicada no hay declaración de amor más seductora que la timidez y el embarazo de un hombre de talento.

*

Desconfiad, pobres niñas, de esas declaraciones de rigodón, que duran tanto como los sonidos de la música que escucháis: haced cuenta que son dos *músicas*.

*

La verdad ha de ser la mejor amiga del hombre, y la amiga más leal de la mujer.

*

Los que aman verdaderamente no saben, en punto á declaración, ni cuándo la comienzan, ni cuándo la terminan. La mujer lo adivina.

*

"Cuando recibáis la carta de una mujer, leed desde luego la postdata; y si no la tuviere, leed la última línea: allí está el pensamiento capital de toda la carta,"

Una mujer lo ha dicho: sus razones tendrá.

*

LIED.

—

Deshojé una margarita
preguntando si me amabas,
y en su lenguaje dijeron:
¡mucho! las hojitas blancas.

Después....pasaste altanera
y hollaste bajo tus plantas,
al par que mis ilusiones,
aquellas hojitas blancas.

OCTAVIO BARREDA.

Contrastes.—

Qué de extraños contrastes! Tú la calma,
Y en mí la fiebre que me abrasa el alma.
Tú eres la brisa: yo la tempestad.
Mi cariño es de fuego: el tuyo es hielo.
En mi vida sin luz no veo el cielo
Pues no sabes amar!

WARNER.

2 de octubre.

ADMINISTRACION: A CARGO DE LA DIRECCION.

Condiciones.

Este periódico saldrá todos los sábados.
La correspondencia se dirigirá al Director, que no devuelve originales.
Suscrición mensual, 40 centavos: número suelto, un real.
Se admiten avisos en el forro.

Tipografía Nacional.—Tegucigalpa.